

nos queda desear que estas voces encuentren territorios tan “ilimitados” como los que proporciona esta antología.

**Saúl Garnelo Merayo**

**Santos Alonso, *La novela española en el fin de Siglo (1975-2001)*, Madrid (Marenostrum) 2003, 327 pp.**

Es un hecho contrastado el que, en la actualidad, una gran parte de las personas que optan por dedicar un tiempo a la lectura lo hacen de la mano de una novela. La identificación de los lectores con este género literario proporciona un interesante ámbito de trabajo donde Santos Alonso vuelva a dejar constancia de su erudición y rigor investigador.

La obra que nos ocupa se abre con un prólogo de gran enjundia en el que el autor sienta las bases de su proceder. Así, ha tratado de aunar las dos facetas que identifican a un crítico literario riguroso: por un lado, el análisis objetivo (crítica académica) apoyado en la historia y en la teoría literaria para analizar, tanto el período en que aparece la obra, como el marco genérico en el que se integra y sus distintos componentes narratológicos. Por otro, cree necesario como complemento la llamada crítica periodística basada en la intuición y la opinión subjetiva.

Siendo fiel a estas ideas, Alonso revisa en el primer capítulo algunas de las claves que han contribuido a la eclosión de la novela. Particularmente, incide en el nuevo estatus de la cultura convertida ahora en base para conocer lo que ocurre a nuestro alrededor, una vez abandonada la aureola negativa que la vinculaba a la acción reivindicativa en la etapa del franquismo. Queremos destacar positivamente el atrevimiento con que el autor pone el dedo en la llaga en algunos problemas que, a su juicio, configuran un panorama literario engañoso. En concreto, Alonso alza la voz contra la presencia subyugante de la economía y el mercado que motiva que la calidad de un libro no se mida en términos estrictamente artísticos, sino en función de parámetros comerciales como el nivel de ventas. De la misma manera, el conocimiento de un escritor ya no radica en el número de lectores; lo que los lanza a la fama es el número de ejemplares vendidos. Esta situación, según el autor, explicaría el éxito de la literatura para mujeres, dado que éstas son las principales consumidoras del género novelístico.

Si a todos estos factores le sumamos el arrinconamiento que están sufriendo las humanidades por parte de los diferentes sistemas educativos y la influencia negativa de los medios audiovisuales, un panorama pesimista se cierne sobre el mundo literario: los editores han convertido la literatura en un negocio, el escritor sólo busca el éxito fácil y buena parte de los críticos se caracterizan por una falta de independencia y rigor. Ahora bien, Alonso también percibe motivos pa-

ra la esperanza como, por ejemplo, la participación de profesores en el mundo de la crítica o el trabajo realizado desde las revistas y suplementos culturales.

En el capítulo segundo, el autor distingue siete generaciones narrativas que no constituyen entes autónomos desde el punto de vista formal y semántico, sino que van evolucionando según la estética de cada momento. A todas ellas las une la vuelta a la narratividad y la convivencia de corrientes narrativas heterogéneas: desde la renovación del realismo a la novela experimental, pasando por la novela alegórica, mítica o fantástica, la metanovela o la novela de género. El repaso se inicia con la generación de posguerra, que deja atrás sus inicios en la corriente existencial y testimonial; le sigue la generación del exilio, centrada en la revisión de la guerra civil; el grupo realista del medio siglo; la generación renovadora de los años 60, que se nutrió inicialmente de la novelística hispanoamericana; la del 75, sobre la que recayó una primera herencia experimental, aunque pronto dio primacía al argumento; la generación de los 80, que participa de varias tendencias: novela mítica, psicológica, histórica, etc; y la más reciente de los años 90, que aporta un mayor contenido de fabulación a sus narraciones.

Estos dos primeros apartados sirven como contextualización para el análisis de la situación del género novelístico en la época de la transición y en las décadas de los ochenta y noventa. Nos encontramos, por tanto, ante tres capítulos exhaustivos que siguen un esquema fijo, lo cual facilita la lectura y la consulta: primero, Alonso esboza unas pinceladas del marco social, político y económico, para después hacer un recorrido por las distintas tendencias narrativas.

En el capítulo dedicado a la novela de la transición el autor señala cómo las esperanzas en un resurgimiento espectacular de la novela no se materializaron. A pesar del final de la censura, pronto quedó patente que en los cajones de los novelistas no se guardaban las grandes obras supuestas. A la novela le costó desprenderse de su función testimonial, de ahí que en esos primeros años se alternaran obras que añoraban la época del dictador con otras en las que sus creadores se desahogaban tras la represión sufrida. Sin embargo, esta estética no era la demandada por el público y las indagaciones de los espíritus inquietos pronto darían sus frutos. Así, un nuevo realismo puebla las páginas de muchas novelas; se trata de captar la configuración mental de la realidad por parte de los personajes dando cabida a elementos oníricos y míticos. A esta renovación contribuyeron muchas de las técnicas tradicionales que vuelven a un primer plano: el narrador omnisciente, la estructura capitular, el esquema planteamiento-nudo-desenlace, la aparición del humor o la pulcritud lingüística, etc. Especial importancia dentro de ese aluvión de títulos que se suceden tiene *La verdad sobre el caso Savolta*, de Eduardo Mendoza (1975) que para Santos Alonso actuaría de gozne o bisagra entre la etapa experimental y los nuevos rumbos de la narrativa.

Sobre la novela en la década de los ochenta, el autor incide en la presencia de personajes anulados por el peso de la sociedad que tratan de buscar su identidad a través de la ejercitación de la memoria.

El último capítulo se ocupa de la narrativa más reciente y, en ella, el estudioso nota una proliferación de la novela light o comercial, aquella cuya ligereza formal y temática hace que su sentido no trascienda más allá de la última página. Alonso no duda en señalar a los posibles culpables, que no son otros que aquellos periodistas reconvertidos en escritores por obra y gracia de un cheque con muchos ceros.

En el apartado de las conclusiones, el autor reivindica su propio concepto de novela: por encima de otras consideraciones como producto comercial, indicador cultural o mero objeto de entretenimiento, “la novela es una ficción narrativa que crea un mundo estético autónomo, y como tal no está al servicio de nada ni de nadie, pero también es una creación literaria que transmite una visión de la realidad y tiene como meta la transformación de la realidad desde un consecuente compromiso con el ser humano; la novela es una forma de conocimiento del mundo, una red de incógnitas y de búsquedas que contribuye a la formación integral de las personas en la racionalidad y la sabiduría, pero también es un testimonio y una expresión de las experiencias universales del ser humano y un medio para comprender su lugar en el mundo y sus relaciones con la realidad; la novela, en fin, es una creación destinada a permanecer en el tiempo” (p. 302). Después de testimonios lúcidos como el anterior, no cabe duda de la pormenorizada reflexión crítica que subyace en estas páginas.

Alonso deja abiertos una serie de interrogantes que estimulan la reflexión de todo lector que consulte este estudio: qué tendencias permanecerán y cuáles desaparecerán, qué función tendrán la literatura y la novela en un futuro, etc. El crítico manifiesta su desconocimiento, pero está convencido de que ese porvenir estará ligado al desarrollo político, social y económico. A pesar de ese futuro incierto, Alonso no resiste la tentación de expresar las líneas maestras que, a su juicio, han de caracterizar a la novela ulterior: que sea comprometida, que sirva al desarrollo del ser humano, que su renovación obedezca a criterios intrínsecos y que ofrezca planteamientos éticos y estéticos novedosos. Pero, si por algo creemos que sobresale el estudio de Santos Alonso, más que por ofrecer verdades objetivas, es por plantear interrogantes que estimulen la capacidad reflexiva del lector.

Cada capítulo dispone de una relación bibliográfica recogida al final que redondea este magnífico trabajo, una obra que se ha convertido ya en referencia obligada para conocer la novela española más reciente.

**Saúl Garnelo Merayo**